

Tensiones Iglesia-Estado

EL OBISPO DE VILLARRICA ALOJA EN LA CATEDRAL A CAMPESINOS DESPOJADOS DE SUS TIERRAS

El 1º de setiembre de 1967, en la compañía "Rosado", jurisdicción de Villarrica, con la protección de un piquete de soldados armados de fusiles y ametralladoras, se procedió al desalojo brutal de siete familias pobres, arrasando las casas y arrojando a la calle sus enseres ante la impotencia de los hombres y los gritos angustiosos de las mujeres.

Cabe notar que son 48 familias afectadas, con 209 miembros, que desde tres generaciones viven en ese lugar y cultivan en el caña de azúcar, mandioca, maíz, cebolla. Es una antigua comunidad profundamente arraigada. El actual dueño sólo tiene un título legal que ha comprado. Nunca vivió en el lugar, ni cultivó el terreno.

El Sr. Obispo de Villarrica, Mons. Felipe Santiago BENITEZ, después de comprobar ocularmente las ruinas de las casas, efecto de violencia inaudita, condenó enérgicamente el procedimiento adoptado, y alojó en la Catedral, en un gesto de caridad lleno de significado, a esas pobres familias. Su discurso, pronunciado por Z.P. 6 Radio Guairá, el domingo 3 a las 19.00 horas, causó un extraordinario impacto en toda la comunidad guaireña, sobre todo en el pueblo humilde.

He aquí la transcripción de la versión grabada de su discurso:

1. "Dirijo mis hondas y emocionadas palabras, a los dirigentes de nuestra comunidad del Guairá, a todas las autoridades civiles, militares, educacionales y sociales, a todos los hombres de buena voluntad".

Me presento ante este micrófono para dirigir mis humildes y sinceras palabras a vuestra conciencia, a la intimidad de vuestro sentir de hombres y de cristianos. Estamos ante un acontecimiento que revela el espíritu y penetra lo más profundo del ser, porque se ha pisoteado lo más grande de la persona humana: su propia dignidad. Y ante un acontecimiento de esta índole, un pastor, un obispo, un sacerdote no puede dejar de sentirse hombre, hermano, amigo, solidario con el dolor de sus hermanos. En calidad de pastor de la Iglesia me presento ante vosotros. No tengo otro título, no me interesa otro título, porque quisiera que vibrárais en vuestra conciencia ante la gravedad y dimensión de este hecho que viene a manchar con un baldón de vergüenza a nuestra comunidad, a todos nosotros en particular, porque somos seguramente responsables de este hecho cada uno de nosotros. Y me presento como mediador, como el hermano que tiende la mano al que sufre y al que condena, al que oprime y al que es oprimido. No quiero otro papel.

2. Esta mañana, al alborear la mañana, unos humildes campesinos, hombres, mujeres y niños, rezando el rosario, llegaron hasta la casa episcopal, sollozando, hechos un mar de lágrimas. Hombres y mujeres que traían en sus manos su dignidad escarnecida, con la frente humillada, pero con la única esperanza de golpear las puertas del Obispo, porque sólo él tal vez pudiera escucharles. Nadie ya escucha a este pueblo. Este es nuestro pueblo, no los discursos y las teorías, no las componendas y las bellas obras. Ese hermano, ese pueblo, ese es nuestro hermano, esa es la patria.

3. Estas gentes han venido a *implorar* una ayuda. ¿Qué ayuda puede dar un pastor? Sentirse solidario, vibrar al unísono con su dolor.

Si, ciertamente —y no lo voy a negar— la ley se cumplió. Sí, la ley se cumplió. No entro a discutir su validez. Allá están los tribunales. ¿Acaso la ley no ha sido hecha para los hombres, y no los hombres para la ley?. No discuto la ley, ni su aplicación. ¿Acaso la ley positiva puede ir contra la ley natural? ¿Acaso estaremos siempre contemplando la opresión de nuestro pueblo, de este humilde pueblo, en nombre de una ley? Dejemos esa ley sin corazón, que escamotea la dignidad humana, y veamos los hechos.

Era conducente, era apropiado, era justo que se procediera como se *procedió*? Y también hay leyes que van contra tales procedimientos. Que hablen los juristas y que juzguen los tribunales. ¿Estos procedimientos pueden hacerse?.

4. Los campesinos —dicen que radicados en tierra ajena— que por generaciones ocuparon esa tierra, *de fuerza telúrica* de identificación con su ser, *se vieron compelidos por la ley* a abandonar ese *terruño*. Hombres sin tierra en este Paraguay que, como se dijo, se está volviendo ya tierra sin hombres. Porque esta tierra es incapaz de hospedar y acoger a los hermanos, darles una seguridad y un amparo para que puedan vivir como hombres y como cristianos.

5. Allá, un piquete de soldados (policías), con ametralladoras en la manos, apartaron a los hombres a un lado, a las mujeres a otro, y en plena presencia de esas mujeres que gritaban y pedían socorro, se enlazaron los techos y se voltearon las casas, *y trajéronse* bueyes para echar aún más esas casas, y no dejar nada sino escombros.

Esta tarde he visto con mis propios ojos esa ruina, ese atropello, esa indignidad, que nadie puede tolerar, como hombre, como cristiano, como paraguayo. Y sus enseres, —esas cosas que para los pobres son su vida, y les ha costado sudor de la frente comprar una olla, comprar una cama, una mesa— tirados en la calle, amontonados en la calle. Y lo he visto con mis propios ojos, y ahí están las ruinas, y ahí están las fotografías que hemos sacado.

6. ¿Somos capaces, hermanos, de tolerar semejante indignidad? Este es el hecho *nefando*. Hablo a vuestra conciencia. No miréis partidos ni colores; mirad al hombre pisoteado en su dignidad, a esta familia pobre, a esos niños hambrientos, a esos hombres sin esperanzas. "Mbaupeíco upeicha oyapó orerejhé; mbaéreico nda oreyucaitei mandivoí; mbaéreico peicha oreyucaáasy, ore mbosufri. Cova picó la Paraguay; mbaupé pico oré rovivisevé coape, ndaipori orevenguará justicia; ndaiporí orevenguará seguridad; rojhopáta coágui; cova picó la ñanereté, cova pico la patria". Son palabras de los campesinos.

7. Nosotros hemos de procurar que sea definitivamente finiquitado un procedimiento semejante en nuestro medio. Y yo, como Obispo de Villarrica del Espíritu Santo, como pastor, como hermano y como amigo, como paraguayo, elevo mi protesta más enérgica ante todas las autoridades nacionales, regionales y locales, *Y sepan que este Obispo*, cuando así es pisoteado el hombre, no callará, porque si callara, faltaría a su conciencia, a su deber de pastor. Que sea la santa indignación, en este momento, el sello del pastor. Pero también, si estoy justamente indignado, quisiera también que en vuestra conciencia meditéis y todos trabajemos por la paz, la paz que es la tranquilidad en el orden. De qué paz vamos a hablar, si existe entre nosotros una hipocresía organizada, una mentira sistematizada? Donde quiera que sufre es el pueblo humilde, el paraguayo sin tierra.

8. Pongamos la paz. Y os pido a vosotros, autoridades civiles, líderes y hombres de buena voluntad, que demos- tremos en esta emergencia, además de nuestro justo repudio, nuestra generosidad en buscar una solución para estos hermanos. Ese es el llamado que os dirijo. Pero, quiero insistir en que nunca más se repita entre nosotros semejante indignidad; que nunca más se diga que en nuestra ciudad y en el Guairá hayan pobres atropellados en su dignidad, atropellados tal vez por intereses inconfesados, pero siempre atropellados.

9. Ahí está nuestro pueblo que me escucha. Dirá: "qué puede hacer Monseñor? El es un sacerdote; él no tiene la

fuerza, no tiene los fusiles". Pero sí, mis hermanos, sabed que la Iglesia madre, que ama, que ampara, está con vosotros en este momento y extiende sus brazos para abrazaros.

Ahí están nuestros hermanos frente a la Catedral. Esta noche dormirán en la Catedral, al menos esta noche. Ellos imploran mudamente, porque es un pueblo que ya no tiene voz; es un pueblo que no tiene palabra; es un pueblo al que nadie ya escucha. Ese pueblo está ahí. Pasadle la mano, si soís responsables de vuestra comunidad, estad para solucionar al menos ligeramente su situación.

He venido a este micrófono para hablaros con el corazón en la mano, porque el espectáculo que he visto hoy no es posible callar. Por ahí no pasó un cristiano; por ahí pasó un bárbaro, un salvaje.

Y sea mi testimonio de pastor y de amigo una llamada de atención, y repito, para que nunca más ocurra.

Que la paz del Señor sea con vosotros.